

Renata, Lola, yo y mis otras yo

Laura Spoliansky



*Dedicado a todas aquellas mujeres que
crecimos con el sueño de ser «Susanita»,
pero que nacimos para ser «Mafalda».*



Te tengo en cuentos

El título de este libro iba a ser *Te tengo en cuentos*, pero después, mis propios relatos me presentaron otras alternativas. Y una mañana, en la mitad del proceso de estar escribiéndolo, me levanté pensando en «Yo y mis otras». Entonces, tuve la sensación de que mis musas me estaban regalando el nombre de este nuevo embrión literario, y les hice caso.

De todas formas, quiero contar de dónde vino el título *Te tengo en cuentos*, que tiene su motivo, y me encanta también.

La pura verdad es que este ocurrente título se lo debo a mi querida Carmen Sesma, que hace tres o cuatro años se fue de viaje a ese lugar de donde no se vuelve más. Por lo menos, no de la misma forma.

Conocí a Carmen hace muchísimos años en el ámbito del vóley, donde casi no percibí su existencia. Ella era la madre de una jugadora con la que prácticamente no me crucé, porque era de una categoría menor a la mía (categoría referente a la edad, no al nivel). Sin embargo, recuerdo bien a su esposo Santiago, porque era juez y planillero. Él dirigió y planilló varios de los partidos en el club donde empecé a jugar. Yo no recordaba todo

esto hasta que un día, veinte años después más o menos, la reencontré en un taller de arte. Las vueltas de la vida.

Carmen no era de esas personas que se preocupaban por agradar a los demás. Tenía una lengua filosa, pero a mí siempre me trató con muchísimo amor y respeto. Sinceramente, aunque tenía un vago recuerdo de sus facciones, no la recordaba. No obstante, ella se encargó de ponerme al tanto de nuestro cruce en el pasado.

Yo no lo sabía y creo que ella tampoco, lo importante que había sido nuestro vínculo. Recién hoy, a la distancia, entiendo el porqué.

Carmen, con esa ironía tan particular y esa sagacidad para ver más allá, vino a mostrarme el camino que estoy transitando.

Cuando publicó su segundo libro de cuentos, me pidió uno de mis cuadros para la tapa. Y esa situación desencadenó una serie de conflictos que dieron como resultado mi alejamiento del taller de pintura y, casi por casualidad, mi incursión en el mundo literario. Carmen me había mostrado que, además de pintar, se podía escribir.

Yo no lo sabía. Nunca había tenido a nadie cerca que fuera algo parecido. Mi abuelo escribía poesía y mi papá era un excelente dibujante, pero ninguna mujer de mi familia se había dedicado al arte en

ninguna de sus expresiones. Tal vez por eso, en ese momento, tan solo vi a una mujer que en la madurez de su vida quiso acercarse a mí por admiración, por un pasado común o por lo que fuere, y sé que yo no la correspondí, no como ella esperaba.

Eso me enoja un poco, me hace sentir en falta. Y no me consuela haberle regalado el cuadrito que ella tanto quería en la sala de la terapia intensiva donde compartí los últimos minutos de su vida... Falleció el mismo día en que la visité, unas horas después. Y estoy segura de que me escuchó cuando le dije que se lo regalaba.

Sí, finalmente le regalé ese cuadro chiquito, que hice en un seminario en Mercedes a modo de ejercicio, y al que yo le tenía demasiado «cariño» para desprenderme cuando Carmen me insinuó que le encantaría tenerlo. ¡Qué miserable me siento cuando pienso en eso! Pero esas eran de las cosas que Carmen sabía hacer bien: ponerte de frente con aquello que no te gustaba para crecer, porque aunque no lo demostraba, ella tenía un corazón enorme y era una persona muy inteligente y sensible. Lo decían sus cuadros y sus cuentos. Así también fue conmigo, solo que no me di cuenta en ese momento, y aunque muchas veces me preguntaba por qué ella se había colado en mi vida, no lo supe, hasta hoy.

Quizás reaccioné tarde. No lo sé. A veces me falla el olfato o mi capacidad de anticipación más de lo que quisiera.

El segundo libro que Carmen publicó y que lleva en su foto de portada uno de mis cuadros preferidos, se llama *Teneme en cuento/a*. Creo que lo dice todo: ella pedía amor, quería que la quisieran, ¡lo mismo que queremos todos! Que nos tengan en cuenta...

Carmen querida, si estás leyéndome en algún lugar de esta órbita existencial, quiero decirte «Gracias». Gracias por mostrarme este camino. Te debía mínimamente la introducción de este libro, y espero que no te enojés con mis musas por haberme sugerido otro título.

Por ese motivo hoy quiero que este relato esté presente en mi libro de cuentos, en honor a vos; así siempre, siempre... te tengo en cuentos.

Se alquila depto

Hace aproximadamente un mes, tratando de poner lindo un sector de la casa que disfrutamos mucho, pasó algo que me devolvió las ganas de escribir.

El lugar en cuestión es una galería que está justo a la salida de la cocina y que linda con el jardín de la casa. Tiene un toldo marrón, que le trajo frescura a mi cocina tan castigada por el sol en los veranos. A este ambiente le pusimos una mesa extensible de madera con sus sillas, unas hamacas paraguayas que trajimos de un viaje a Brasil, y al final de la mesa, la gran parrilla recauchutada a nuevo. Más vieja es, más ricos salen los asados.

Es muy hermoso sentarse a desayunar ahí cada mañana mirando el verde, con su magia... sus misterios. O cuando llega la tarde, leer al ritmo del ir y venir de las hamacas.

A veces, cuando estoy volviendo de una de esas jornadas laborales tremendas que parece que no terminan nunca, lo único que pienso es en estar sentada en mi hamaca brasilera con un mate, mi libro, ¡y mis lentes!

Ver: ¡un gran inconveniente después de los cincuenta años!, y también un problemón a la hora de cenar en nuestra querida galería.

Siempre es una delicia el fresco que corre esas noches de verano. El problema era que, en la única pared (totalmente revestida de piedra) que tiene la galería, están colocadas las dos farolas. ¡Son divinas, por cierto!, pero no dan mucha luz para comer. No se ve nada. Y aunque no dejábamos de organizar ahí nuestras cenas veraniegas, teníamos que andar adivinando lo que nos llevábamos a la boca. Más de una vez un bicho travieso terminó en el aparato digestivo de alguno de nosotros... Con razón ciertos gustos raros...

Con la intención de mejorar este inconveniente lumínico y poder disfrutar más aún de este espacio, hace unos treinta días, instalamos una lámpara de mimbre blanca con una luz cálida que da en el centro de la mesa. Ilumina excelente y, además, queda preciosa.

Cuestión que, en el único lugar posible donde podíamos conectar la tecla para prender y apagar, descubrimos que una «ratucha» —pájaro de tamaño muy chiquitito— había hecho un nido, justo ahí, en el huequito que queda en la unión de la pared de piedras con las farolas, por donde pasan todos los cables. ¿Cómo un lugar tan chiquito puede convertirse en semejante *nursery*?

Durante casi un mes, vimos ir y venir a esa mamá pajarita, esperando el momento oportuno para

lograr entrar a su refugio, porque evitaba hacerlo en nuestra presencia. Cada día, esa madraza esperaba a que nos fuéramos, o que miráramos para otro lado, así, en ese raptó de distracción humana, podía armar su lugar, sumar una rama más a su nido o darle de comer a sus pichones, llevando unas lombrices en su pico como si fueran fideítos integrales.

—¡Se van a morir electrocutados! —decía mi hija mayor.

—¡Pero si no van a vivir eternamente en ese departamentito! —le contesté y, enseguida, pensé: *Qué comentario de persona...*

De pronto llegó diciembre, Navidad, y en el intento de ordenar un poco la casa después del terremoto de una Nochebuena, nos dimos cuenta de que teníamos la cocina invadida de ratuchitas, que en el despertar de su primer vuelo, habían equivocado la ruta, y en lugar de salir para el verde, se metieron en el interior de la casa.

—¡Los voy a poner en el jaulón del quincho hasta que aprendan a volar! —dijo mi marido mientras agarraba una jaulita vacía que teníamos de adorno en la cocina.

—¡Ja, qué paradoja! En una jaula es difícil aprender a volar, ¿no? —Volví a pensar en voz alta. Otra vez «comentario de persona». Creemos

que lo sabemos todo. O acaso, ¿habrían salido esos pichones de su nido si no hubieran estado preparados para volar?

Tan pronto como me pongo a observar un poquito la naturaleza, me doy cuenta de su sabiduría y de mi ignorancia. Ella no hace nada por simple apariencia, y a cada acción le corresponde otra, coherente con la anterior. Todo es mucho más sencillo, porque, naturalmente, nada es para siempre. ¡Mi cabeza no para de rumiar!

Tal vez por eso la ratucha no tuvo miedo de morir electrocutada, tenía la certeza de que un día abandonarían el nido.

Y tal vez por eso tampoco tuvo miedo cuando sus pichones equivocaron su rumbo; los dejó probar su primer vuelo, hasta que solitos encontraron la salida mientras ella los esperaba paciente en una rama, aun sabiendo que «nada es seguro» y que en ese trayecto algún humano sabelotodo podría enjaularlos, o algún perro faldero podría tragárselos de un bocado. Parece que esa mamá supo siempre que no podía comprar la seguridad y los esperó afuera, confiando en sus instintos, para poder después marcarles el rumbo.

Me quedé pensando qué tan segura era la seguridad. Enseñar a volar y confiar.

En ese preciso momento, mientras yo le daba

vueltas a mis pensamientos que aleteaban en el mismo lugar como vuelo de picaflor y mi marido e hija observaban la situación cual estatuas, vimos cómo en menos de dos segundos esos pichoncitos resolvían el acertijo y encontraban la salida hacia el parque.

Entonces, en un abrir y cerrar de puertas, la ratucha y sus pichones nos abandonaron. ¡Se fueron! ¡A volar por los jardines de otras familias!

Y aquí quedamos nosotros, con nuestra hermosa galería y con el final de esta historia de la ratucha, que nos mantuvo entretenidos esas tardes previas al fin del año.

Y también, con un huequito en la pared... Esperando al próximo inquilino.